

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

LXIV ASAMBLEA GENERAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA 2012

LXIV Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana 2012

24 de mayo de 2012

Venerados y queridos hermanos:

Vuestra reunión anual en Asamblea es un momento de gracia, en el que vivís una profunda experiencia de confrontación, de comunión y de discernimiento por el camino común, animado por el Espíritu del Señor resucitado; es un momento de gracia que manifiesta la naturaleza de la Iglesia. Agradezco al cardenal Angelo Bagnasco las cordiales palabras que me ha dirigido, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos: a usted, Eminencia, le expreso mi felicitación por la confirmación en la guía de la Conferencia Episcopal Italiana. Que el afecto colegial que os anima alimente cada vez más vuestra colaboración al servicio de la comunión eclesial y del bien común de la nación italiana, en diálogo fructífero con sus instituciones civiles. En este nuevo quinquenio, proseguiré juntos la renovación eclesial que nos ha encomendado el Concilio ecuménico Vaticano II. Que el 50º Aniversario de su inicio, que celebraremos en otoño, sea motivo para profundizar en los textos, condición de una recepción dinámica y fiel. *«Lo que principalmente atañe al Concilio ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado de forma cada vez más eficaz»*, afirmaba el beato papa Juan XXIII en el discurso de apertura. Y vale la pena meditar y leer estas palabras. El Papa comprometía a los padres a profundizar

otros reducen el reino de Dios a algunos grandes valores, que ciertamente tienen que ver con el Evangelio, pero que no llegan a concernir al núcleo central de la fe cristiana. El reino de Dios es don que nos trasciende. Como afirmaba el beato Juan Pablo II, «*el reino de Dios no es un concepto, una doctrina o un programa sujeto a libre elaboración, sino que es ante todo una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible*» (*Redemptoris missio*, 18). Por desgracia, es precisamente Dios quien queda excluido del horizonte de muchas personas; y cuando no encuentra indiferencia, cerrazón o rechazo, el discurso sobre Dios queda en cualquier caso relegado al ámbito subjetivo, reducido a un hecho íntimo y privado, marginado de la conciencia pública. Pasa por este abandono, por esta falta de apertura al Trascendente, el corazón de la crisis que hiere a Europa, que es crisis espiritual y moral: el hombre pretende tener una identidad plena solamente en sí mismo.

En este contexto, ¿cómo podemos corresponder a la responsabilidad que el Señor nos ha confiado? ¿Cómo podemos sembrar con confianza la Palabra de Dios, para que cada uno pueda encontrar la verdad de sí mismo, su propia autenticidad y esperanza? Somos conscientes de que no bastan nuevos métodos de anuncio evangélico o de acción pastoral para que la propuesta cristiana pueda encontrar mayor acogida y adhesión. En la preparación del Vaticano II, el interrogante principal y al que la Asamblea conciliar pretendía dar respuesta era: "Iglesia, ¿qué dices de ti misma?". Profundizando en esta pregunta, los padres conciliares fueron reconducidos, por así decirlo, al corazón de la respuesta: se trataba de recomenzar desde Dios, celebrado, profesado y testimoniado. En efecto, exteriormente por casualidad, pero fundamentalmente no por casualidad, la primera Constitución aprobada fue la de la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum concilium*: el culto divino orienta al hombre hacia la Ciudad futura y restituye a Dios su primado; modela a la Iglesia, incesantemente convocada por la Palabra; y muestra al mundo la fecundidad del encuentro con Dios. Nosotros, por nuestra parte, mientras debemos cultivar una mirada de gratitud por el crecimiento del grano de trigo incluso en un terreno que se presenta a menudo árido, advertimos que nuestra situación requiere un renovado impulso que apunte a aquello que es esencial de la fe y de la vida cristiana. En un tiempo en el que Dios se ha vuelto para muchos el gran desconocido, y Jesús solamente un gran personaje del pasado, no habrá relanzamiento de la acción misionera sin la renovación de la calidad de nuestra fe y de nuestra oración; no seremos capaces

Romano, ed. en español, 21-12-1975, 5). Quiero recordar aquí cómo el beato Juan Pablo II, con ocasión de la primera visita como Pontífice a su tierra natal, visitó el barrio industrial de Cracovia, concebido como una especie de "ciudad sin Dios". Solo la obstinación de los obreros había llevado a erigir allí primero una cruz y después una iglesia. El Papa reconoció en aquellos signos el inicio de la que él, por primera vez, definió como "nueva evangelización", explicando que *«la evangelización del nuevo milenio debe fundarse en la doctrina del Concilio Vaticano II. Debe ser, como enseña el mismo Concilio, tarea común de los obispos, de los sacerdotes, de los religiosos y de los seglares, obra de los padres y de los jóvenes»*. Y concluyó: *«Habéis construido la iglesia; edificad vuestra vida según el Evangelio»* (Homilía en el Santuario de la Santa Cruz, Mogila, 9-6-1979, 3: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 24-6-1979, 8).

Queridos hermanos en el episcopado, la misión antigua y nueva que nos corresponde realizar consiste en introducir a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo en la relación con Dios, ayudarles a abrir la mente y el corazón a aquel Dios que los busca y quiere hacerse cercano a ellos, guiarlos a que comprendan que cumplir su voluntad no es un límite a la libertad, sino que es ser verdaderamente libres, realizar el verdadero bien de la vida. Dios es el garante, no el competidor, de nuestra felicidad, y donde entra el Evangelio —y por tanto la amistad de Cristo— el hombre experimenta que es objeto de un amor que purifica, calienta y renueva, y lo hace capaz de amar y de servir al hombre con amor divino.

Como pone de relieve oportunamente el tema principal de vuestra asamblea, la nueva evangelización necesita adultos que sean "maduros en la fe y testigos de humanidad". La atención prestada al mundo de los adultos manifiesta vuestra consciencia del papel decisivo de cuantos están llamados, en los diversos ámbitos de la vida, a asumir una responsabilidad educativa respecto de las nuevas generaciones. Velad y esforzaos para que la comunidad cristiana sepa formar personas adultas en la fe porque han encontrado a Jesucristo, que ha llegado a ser la referencia fundamental de su vida; personas que lo conocen porque lo aman, y lo aman porque lo han conocido; personas capaces de ofrecer razones sólidas y creíbles de vida. En este camino formativo es particularmente importante —a los veinte años de su publicación— el *Catecismo de la Iglesia Católica*, valiosa ayuda para un conocimiento orgánico y completo de los contenidos de la fe y para guiar al encuentro con Cristo. Que también gracias a este instrumento el asentimiento de fe se convierta en criterio de inteligencia y de acción que implique toda la existencia.